

el Tesoro beneficiaba más de 60 millones. En el fondo de todo no hubo más que un robo á los pobres.

El Papa Clemente XIII, que queria entrañablemente á Carlos III, defendió en España á los Jesuitas, como lo habia hecho en Francia y en Portugal, pero con éxito parecido. La voluntad de Dios iba siguiendo sus caminos, cuyas misericordiosas vueltas nadie conoce.

El Borbon de Nápoles, Fernando IV, tenia por ministro, como era natural, á un filósofo. Bernardo, marqués de Tanucci, habia sido el *factotum* de Carlos III, mientras éste reinó en Nápoles. Cuando Carlos III, al ser coronado rey de España, cedió á su hijo Fernando el reino de Nápoles, Tanucci siguió siendo el *factotum* de este último. Los diccionarios le citan como uno de los más resueltos enemigos de la Iglesia, y júzganlo, en su consecuencia, digno de los mayores elogios. Por haber dictado un débil «yo el rey» á Fernando, casi niño á la sazón, logró Tanucci estar de moda algunos momentos en París entre la gente de su calaña, que llegó á compararlo con Pom-

bal por la refinada brutalidad con que trató á los Padres, á quienes expulsó militarmente.

Quedaba todavía otro Borbon más pequeño que el de Nápoles, el duque de Parma, el cual, no menos afortunado que los otros, tenia tambien su ministro-marqués-filósofo, Tillot, señor de Felino.

La única gloria de este hombre de Estado, distinguidísimo por su nulidad, consiste en haber expulsado de Parma á los Jesuitas. No necesitó más para que los diccionarios consignaran su nombre, merced á este grano de arena que llevó al pudridero revolucionario. Felino era una raíz cúbica de Choiseul.

Los descendientes de la estirpe régia más ilustre del mundo, al estudiar el pasado para conocer mejor lo porvenir, sumidos en una desgracia que infunde respeto, maldicen los nombres de estos traidores grandes y pequeños, que han causado todavía mayores daños á los pueblos que á los reyes.

Estaba visto; los Jesuitas no tenian ya asilo sino en Roma.

Entonces todos estos ministros de los Borbones degenerados, dormidos ó ciegos, Choiseul, Aranda, Tanucci, Felino, unidos con

su cómplice Pombal, pusieron al Papa el cuchillo en la garganta. La palabra no es demasiado expresiva; ¿creeis, por ventura, que el martirio de Luis XVI no tuvo nada que expiar?

El Papa, heróico y santo anciano, se resistió; pero no tardó en bajar al sepulcro al colmarse la medida de las amarguras que habia sufrido en su dilatada carrera.

Murió; y con su última mirada, llena de tristeza profética, contó los degenerados hijos de San Luis, que vacilaban sobre los tronos católicos.

Y Lorenzo Ganganelli, elegido Sumo Pontífice, hizo pedazos la Bula de Paulo III.

La Compañía de Jesús cayó sin exhalar una queja; muriendo, como habia vivido, en la obediencia ABSOLUTA.

Esta es quizá la página más grande y más hermosa de la historia de la Compañía. Podria decir aquí que la guardo para otro libro más extenso y más completo; pero al decir esto mentiria. Esa página no la escribiré jamás.

Profeso un respeto sin límites á la Cátedra de San Pedro.....

LA ÚLTIMA PALABRA.

Cretineau Joly, al empezar su excelente obra, tan rica en datos, declara, como un testigo ante el tribunal, que al escribirla, no es amigo ni enemigo, admirador ni adversario de los Jesuitas. Los Jesuitas son para él, segun dice, lo que Vitelio, Oton y Galba eran para Tácito.

Yo, al terminar mi ligera é incompleta obrilla, declaro, por el contrario, que admiro y amo á los Jesuitas. No es preciso ser indiferente para ser imparcial; y sobre la virtud neutral de la imparcialidad está la verdad, que lo domina todo.

La verdad, sí; la verdad, que en virtud de la ley soberana de la justicia, obliga á anatematizar al mal perseguidor y á vengar al bien perseguido. Un cristiano no necesita afirmar que no tiene interés humano en mentir; su interés es la ley de Dios, que ha dicho: «No